

sugeridas por el conocimiento práctico de los lugares y de los negocios del país. Consecuencia de este fatal encadenamiento de indicaciones desoidas, de informes reiterados y de vacilaciones injustificables de los centros directivos de la política general á que siempre ha estado subordinada esta parte del continente americano, es la idea que últimamente parece prevalecer en los hombres que están al frente de la república de que forma parte ahora Yucatán. Se figuran que concediendo á los colonos de Belice derechos de propiedad sobre el terreno que ocupan y arrancando una nueva promesa de la corte de Lóndres sobre las muchas que ha hecho, sin cumplir ni una sola, quedará terminado el mal que se lamenta. Error gravísimo. Para nosotros, hacer eso, es renunciar hasta á la esperanza de remediarlo. Son notables las palabras que se encuentran consignadas en un informe del sucesor del mariscal Figueroa en el gobierno de Yucatán. Después de referir este funcionario los acontecimientos de la campaña de mil setecientos treinta y tres, dice lo siguiente: . . . "mas habiendo hecho la retirada el armamento y muerto dicho D. Antonio de Figueroa, á poco tiempo después volvieron los ingleses á situarse como estaban antes, trayendo embarcaciones de fuerza que no pudieron rendir las nuestras, con lo que han conseguido mantenerse, sin que los armamentos que se han enviado después, hayan podido hacer efecto alguno, y he hecho yo cargo de todas las circunstancias sobre este aspecto; se me hace difícil el logro de exterminar los cortadores de modo que no vuelvan, y sólo hallo el medio de que se fortifique la entrada del río Walix, con un fuerte proporcionado á setenta y cinco hombres, que teniendo impedida la entrada, se hace preciso que los que estuviesen río arriba se entreguen por faltarles la comunicación y la entrada de víveres, y los navíos no podrán mantenerse en aquel surgidero por hallarse sujetos á la artillería del fuerte; mas todo esto tiene el inconveniente de no poderse ejecutar, por la cortedad de caudales de estas reales cajas que escasamente pueden asistir á las pagas que tienen qué hacer en lo que está corriente, y solamente en cuanto á poderse hacer la mencionada fortificación de Walix; poniéndola á cargo de las reales cajas de Guatemala, donde se cobra el derecho de veinte

y cinco pesos por cada pipa de vino y aguardiente, y doce y medio en la de vinagre, aplicado á guarda costas de que deberá haber caudal bastante por no hallarse noticia de que en aquella costa se echen armamentos, y no será difícil la asistencia de la mencionada guarnición de Walix, por la cercanía que tiene con el castillo del golfo de Honduras, y por lo tocante á los otros dos ríos Hondo y Nuevo que están entre Walix y Bacalar, con embarcaciones menores de una y otra parte, podrán fácilmente defenderles la entrada por no poder los ingleses llegar á ellos si no es con embarcaciones muy pequeñas, por la poca agua de aquellos canales, que es cuanto he podido prevenir en materia tan importante, teniendo presente que desde que se fortificó la entrada de la Laguna de Términos con presidio, no han vuelto ni han podido sacar palo alguno de los cortes antiguos que tenían, y aunque esto se ha logrado por esta parte, ha quedado el mismo inconveniente por la franqueza que han tenido los ingleses en los ríos citados, donde se retiraron todos los cortadores para sacar el mismo fruto. En fuerza de mi precisa obligación, manifiesto todo lo expresado, para que en su vista se digne V. M. mandar la providencia que tuviere por más conveniente que en todo haré con prontitud lo que sea del mayor agrado de V. M. Dios guarde la sacra católica real persona de V. M. los muchos años que la cristiandad ha menester. Mérida de Yucatán, 7 de Agosto de 1736 —D. Manuel de Salcedo." (13)

En mil setecientos treinta y siete el Gobernador Salcedo, que firma la nota anterior, con una fragata de diez y ocho cañones, una galera y una piragua y acompañado del capitán D. Diego de Argüelles que mandaba la galera y del capitán D. Nicolás Medrano, Jefe de la fragata, salió de Campeche llevando doscientos ochenta hombres. De Bacalar salieron tres piraguas con cincuenta hombres para incorporarse á las fuerzas del Gobernador y fueron tan felices que en el camino aprehendieron dos balandras inglesas. El jefe de las piraguas se llamaba D. Mateo Berentan y tenia el cargo de teniente. El Gobernador Salcedo llegó á Belice á mediados de mil setecientos treinta y

(13) Manuel Peniche Historia citada. Capítulo III.

siete y encontró á los ingleses dispuestos á defenderse con una fragata de diez y ocho cañones, otra de catorce, seis bergantines y algunas balandras. En el combate que se empeñó los yucatecos apresaron la fragata de diez y ocho cañones y una balandra, y las demás embarcaciones de la flota inglesa huyeron á favor de la noche por entre los cayos sin que pudiese perseguírselas porque los barcos vencedores estaban estropeados y los pilotos no conocían los canales practicables. Después de esta victoria las tropas de Salcedo hicieron reconocimientos en diferentes lugares de la costa, quemaron grandes cantidades de palo de tinte listo para el embarque y destruyeron todas las rancherías diseminadas en las orillas de los ríos hasta donde pudieron llegar en sucesivas excursiones durante varias semanas. Los ingleses y sus esclavos se ocultaron en los bosques del interior. Cuando creyó el Gobernador que todo estaba concluido hizo embarcar sus fuerzas y se dirigió rumbo al Mediodía según instrucciones de la corte para reconocer los lugares de la costa Sur de la bahía de Honduras que por aquella época era frecuentada por los holandeses. Visitó hasta los últimos límites de Yucatán que llegaban al río Sarstoon. En este punto hizo volver á Campeche á la fragata de guerra con todas las presas y el resto de las embarcaciones siguió adelante. En el puerto de Sal fueron apresadas dos balandras holandesas. Los efectos que llevaban se calcularon en diez mil pesos. Desde Sal despachó para Campeche al ayudante mayor D. Pedro Sarricolea con todo lo aprehendido para ponerlo en seguridad. Esta precaución fué inútil porque el navio conductor de los efectos tomados á los holandeses naufragó y se perdió con la totalidad de los tripulantes. También sufrió serios inconvenientes el Gobernador en su viaje á la costa Sur del golfo de Honduras. Un temporal que cogió á las embarcaciones cerca de Trujillo las desgarró y no tuvo el celoso funcionario otro recurso que volver el rumbo hacia Campeche. El disgusto que debió causarle esta contrariedad se disminuyó con haber apresado en su viaje de vuelta otra balandra inglesa que estaba reconociendo las ruinas de Belice. La tripulación de ella se salvó desembarcando y huyendo á los bosques.

En mil setecientos treinta y nueve, por las eternas disputas

sobre la extensión del comercio, y por el derecho de visita que ejercían los buques españoles sobre los ingleses en los mares de América, estalló una nueva lucha entre Inglaterra y España. Como siempre, éstas aguas fueron el teatro de los principales acontecimientos. Aunque el almirante Vernon y el comodoro Anson vinieron con dos escuadras, el primero para atacar las Antillas y el segundo para invadir el mar del Sur, España no tuvo que lamentar serios desastres si se exceptúan, la pérdida de Portobelo, y la del galeon de Acapulco, Nuestra Señora de Covadonga, que pasando por las Filipinas fué apresado, y que se calcula en más de millón y medio de pesos. Sin embargo, España estaba cansada y arruinada á causa de esa contienda que se había vuelto europea por habérselo complicado con la de sucesión de la casa de Austria, y poco después de la muerte de Felipe V aceptó las condiciones de la paz pedida por Holanda, que fué firmada el 20 de Abril de mil setecientos cuarenta y ocho. Nada se dijo en este documento internacional de la cuestión de Belice, pero no es de extrañarse, porque el tratado de Aix-la Chapelle llevaba todas las señales de una precipitación inconcebible. (14) El derecho de visita había sido uno de los motivos de la guerra y no se habló una palabra de él ni del de navegar en los mares de América que los ingleses pretendían. Tampoco se fijaron los límites entre las posesiones francesas é inglesas de la América del Norte lo que causó después otra guerra. Para subsanar estas deficiencias Inglaterra y España firmaron un nuevo tratado en Madrid el 5 de Octubre de mil setecientos cincuenta, en el que tampoco se ocuparon de la bahía de Honduras pero ratificaron nuevamente el tratado de Utrech, que reconocía el señorío, propiedad y dominio del rey de España sobre las colonias de América.

En el año de mil setecientos cincuenta, el gobierno español se propuso explotar los bosques de palo de tinte de Campeche y la isla del Carmen por su cuenta y riesgo para hacer la competencia á los ingleses de Belice, y, secundado eficazmente por el virey de Nueva España, que era el Conde de Revillagigedo, estableció grandes cortes. La madera se llevaba á Veracruz y

(14) Roche. Histoire d'Angleterre. Septième époque. Deuxième partie.

á la Habana de donde se trasportaba á Cádiz ó á Santander. Los resultados de esta empresa fueron perjudiciales á las arcas del rey. Se gastaron como quinientos mil pesos en refacciones y expensas y hubo qué abandonar el proyecto.

El propio año de mil setecientos cincuenta fué nombrado Gobernador D. Juan José Clou, marqués de Iscar. Su primer empeño fué autorizar á D. José de Palma para que hiciese el corso en las embocaduras del rio Belice. Salió el corsario yucateco con ocho piraguas y fué tan feliz que se apoderó de cuarenta y tres embarcaciones cargadas de palo y aprisionó al comandante de Belice, á ciento sesenta ingleses y veinte y tres negros. Animado Palma con este resultado se internó en el rio Belice donde le cercaron los ingleses, con quienes, para salir del apuro, capituló que dejaría en libertad al comandante de Belice y á otros prisioneros. Palma obtuvo rico botín y donó al rey para el presidio de Bacalar seis cañones de á seis, cinco pedreros y un bongo. Al poco tiempo de estos sucesos los ingleses se vengaron cayendo sobre Bacalar pero no lograron un gran triunfo. Quemaron la atalaya del vigía y se llevaron un bongo y dos pedreros. Con este motivo se cruzaron comunicaciones oficiales entre el comandante de Belice y el marqués de Iscar atribuyéndose mutuamente la responsabilidad de los sucesos.

El buen éxito de la expedición de D. José de Palma estimuló el patriotismo del capitán D. José Alberto Rendón que solicitó y obtuvo patente de corso para Belice. Salió del presidio de Bacalar con seis piraguas, un bongo y ciento diez hombres el veinte y ocho de Julio de mil setecientos cincuenta y dos. A los ocho dias de su salida, á las dos de la madrugada, atacó Rendón un bergantín y una balandra que se encontraban en la boca del rio Belice. Los tripulantes de los navíos asaltados se defendieron con encarnizamiento, mataron á ocho yucatecos é hirieron á muchos, pero tuvieron que sucumbir á las fuerzas superiores del capitán Rendón. Este quemó la balandra por inútil y se dirigió á Campeche con su presa. Mandaba ya la provincia el mariscal de Campo D. Melchor de Navarrete, Gobernador anteriormente de la Florida, quien tomó posesión el veinte y siete de Agosto de mil setecientos cincuenta y dos. Una de sus prime-

ras disposiciones fué adjudicar el bergantín apresado al capitán Rendón, y enviar á Cádiz á los prisioneros ingleses.

El nuevo Gobernador no quería hacer menos que el marqués de Iscar y en su deseo de servir al rey se propuso levantar una gran campaña contra los ingleses haciéndose la ilusión de alcanzar resultados más brillantes que los obtenidos en mil setecientos treinta y tres, por el manco Figueroa. Pidió auxilios á Guatemala, á México, y á la Habana, y mientras llegaban armó una balandra y una goleta de doce cañones cada una, un bergantín, catorce piraguas, dos jabeques y dos fragatas, la una con veinte y ocho cañones y la otra con veinte. A esta escuadra no despreciable, se agregaron un jabeque que vino de la Habana y la fragata Flora que mandó el virey. Deberían incorporarse en las aguas de Belice, la galera San Fernando, un bergantín de catorce cañones con doscientos hombres de desembarco y una balandra cargada de víveres que se avisó que saldrían oportunamente de Guatemala. Además, el mismo presidente de Guatemala mandó para atacar á los ingleses por tierra, doscientos indios flecheros y ciento cincuenta mestizos á las órdenes del sargento mayor D. Melchor Mencos y del castellano del Peten D. Pedro Montañez, cuyas fuerzas obrarían en combinación con las que por mar habían de presentarse contra Belice.

No había noticia de que se hubiesen hecho aprestos más importantes contra los cortadores de palo. Las fuerzas que primero les atacaron fueron los de Mencos y Montañez que llegaron hasta la Laguna de Cobá y se apoderaron de una hacienda llamada San Miguel, después de un rudo combate en que se derramó mucha sangre por ambas partes. Las tropas de mar se situaron, en Omoa las de Guatemala, y en Cozumel las de Campeche y Habana. Ambas secciones sufrieron malos tiempos y se retardaron mucho en sus operaciones. Al fin la escuadrilla guatemalteca consiguió apresar cuatro embarcaciones inglesas, pero regresó á Omoa sin encontrarse con la yucateca. Esta llegó á la embocadura del rio Belice, habiendo sido reforzada con dos piraguas que de Bacalar envió el mariscal Navarrete. Apresó una fragata, tres goletas y dos bongos. Las fuerzas de desembarco bajaron á tierra y se internaron arrasando cuanto encontraron á

su paso. Hicieron prisioneros á noventa y cinco ingleses, dos inglesas, veinte negros y tres negras. Pusieron fuego á más de doscientas rancherías, á más de doscientos cincuenta mil quintales de palo de tinte y á setenta bongos que servían para el transporte por los ríos. Quedó la comarca hecha un desierto y el Gobernador Navarrete, comunicó al rey que los estragos no habían sido mayores porque los ingleses, noticiosos de la expedición que se preparaba, tuvieron tiempo de trasportar á Jamaica mucha parte de sus bienes. (15)

Durante estos años ocupaba una elevada posición en la política europea un célebre ministro español de quien es justo que hablemos porque sus proyectos respecto de los invasores de Yucatán estuvieron á punto de cortar para siempre el hilo de las eternas disputas á que ha dado lugar la riqueza de nuestros bosques del Sur Este. El nueve de Julio de mil setecientos cuarenta y seis subió al trono de Castilla el rey Fernando VI por muerte de su padre Felipe V. Uno de los ministros de éste, había sido el marqués de la Ensenada, D. Cenón Somodevilla, conocido por su prevención desfavorable hacia la alianza, los intereses y el influjo de la Gran Bretaña, (16) y el nuevo rey, tuvo por conveniente conservarle en el desempeño de las secretarías de Hacienda, Marina y Guerra, que regía desde mil setecientos treinta y cuatro. Este hombre de Estado conocía los daños que á los españoles causaba la ambición de los ingleses y el empeño de estos en participar de las ganancias que producían las colonias de América. Muy especialmente se hallaba impuesto de los negocios de Yucatán y seguía paso á paso los avances de los cortadores de palo de tinte que inmediatamente después de la muerte del mariscal Figueroa y Silva, como hemos dicho, habían vuelto á los terrenos de que fueran desalojados en varias ocasiones. Deseoso de librar á España de las constantes molestias que los habitantes de Belice causaban á la capitanía de Yucatán, y animado con el recuerdo de los felices resultados obtenidos en mil

(15) México á través de los Siglos. Tomo 2º Libro 3º Cap. IX.

(16) D. Modesto de la Fuente. Historia General de España. Libro VII Cap. IV.

setecientos diez y siete en la Laguna de Términos, concertó con la corte de Versalles, un proyecto de ataque general contra los ingleses de la costa Sur Este de la península. Un historiador español asienta que los preparativos se hicieron contra los establecimientos ingleses del Golfo de México y que se habían comunicado órdenes al virey de Nueva España para preparar una expedición á Campeche; (17) pero no existiendo ya piratas ni cortadores de madera en la Laguna de Términos, punto cercano á Campeche, y siendo este puerto el lugar en que se había armado la expedición de mil setecientos treinta y tres, contra Belice, y en que debería armarse la nueva que proyectaba el marqués de la Ensenada, no puede suponerse que se tratase de otra cosa que de atacar á Belice. El plan fué hábilmente combinado y puesto activamente en ejecución. El mando de las fuerzas de mar y tierra lo tendría D. Pedro Flores de Silva y se esperaba que todo podía llegar á realizarse en el año de mil setecientos cincuenta y cuatro. Pero la muerte de Flores de Silva acaecida en Febrero del año citado, y la caída del ministro, que tuvo lugar el veinte de Julio del propio año de cincuenta y cuatro, hicieron desvanecerse la nube que estaba próxima á estallar sobre Belice. Este resultado se debió á la astucia del Embajador de Inglaterra en Madrid, Sir. Benjamín Keene que descubrió aquellos preparativos y auxiliado del Duque de Huescar y de D. Ricardo Wall obtuvo copia de las cartas y órdenes hostiles que se habían enviado á México, dió cuenta á su gobierno de lo que ocurría, y pudo, poco tiempo después, presentar á nombre de Inglaterra una acusación formal contra el marqués de la Ensenada á quien sus émulos, el de Huescar y D. Ricardo Wall dieron un golpe que no pudo resistir el infortunado ministro. Tal maña tuvieron el embajador Keene y sus amigos, que la destitución fué hecha de una manera ruidosa y perjudicial al crédito del destituido. Se le arrestó á la media noche y se le acusó de impureza, concusión y malversación de caudales públicos. Inglaterra preparaba el camino para una solución favorable del asunto de los cortadores de palo de tinte, alejando á los que podían ofrecer inconvenientes y

[17] D. Modesto de la Fuente. Lugar citado.